

Bibliotecas ideales en la prensa neogranadina (Colombia, mitad del siglo XIX)

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Universidad Nacional de Colombia

«Si se suprimiesen los periódicos el *spleen* se apoderaría de todos, la sociedad moderna se moriría de tedio»¹.

Resumen: Este trabajo presenta las propuestas de bibliotecas ejemplares por los periódicos de Colombia a mediados del siglo XIX, induciendo al lector a asumir gustos y actitudes orientadas a configurar un discurso nacional. Se estudia cómo buscaron dirigir lecturas con bibliotecas ideales a partir de dos espacios: textos publicados en los mismos periódicos y otras rutas que remitían, a través de avisos publicitarios, a otras lecturas posibles con la misma finalidad, presentándose como portadores de la autoridad de la palabra y de la selección de libros.

Palabras clave: prensa, lectores, lectura, bibliotecas, libros.

Abstract: This work presents the proposals of model libraries of Colombian newspapers about the middle of 19th century. These proposals tried to induce readers to assume tastes and attitudes aimed to design a nationalistic discourse. The article also studies how these model libraries directed their objectives in two ways: texts published in the newspapers and advertisements that suggest other potential readings inserted in the same context of the authority and selections of words and books.

Key words: libraries, newspapers, readers, books, reading.

¹ «Los periódicos y su influencia en la sociedad», en *Los amigos del País*, Medellín, 1846, p. 5.

Recopilar textos de autores antiguos y modernos que no estén al alcance de los neogranadinos dada su magnitud, idioma o escasez de ejemplares es el propósito de los editores de *El Recopilador*², que inicia su publicación en Santafé de Bogotá el 1 de noviembre de 1842. Afirman que, frente a los males que afligen a la Nueva Granada después de 1810 —la inmensa deuda extranjera, la pobreza general, los odios, la ignorancia, la mala fe y la inmoralidad del siglo—, es necesaria la publicación de textos que bajo los preceptos de la religión, en oposición a la proliferación de textos impíos y subversivos, darán un nuevo rumbo a la sociedad. El camino inicial es la publicación del Índice de los libros prohibidos copiado del que se imprimió en Roma en 1841, por mandato de Gregorio XVI. Como nota explicativa, señalan los editores: «Por ahora sólo anotamos los libros prohibidos más comunes que se han introducido en N. G. en el mismo idioma que se hallan en el Índice para conocimiento de los señores sacerdotes, y de los buenos católicos».

Esta breve publicación, cuya duración no alcanzó sino el número doce, es expresión elocuente de la función social que se daba a la prensa, en la que sus páginas únicamente adquirirían importancia si se tenía en cuenta la manera como intervenía sobre sus lectores y lo que era quizá más importante, no sólo en el ámbito espiritual sino en sus acciones «terrenales». Esta conciencia dirigida hacia intereses propios la tuvieron escritores y editores durante buena parte del siglo, fueran como en el caso señalado católicos, o bien conservadores o liberales, o su interés estuviera en publicar un periódico oficial, religioso, político, literario, comercial o científico.

Los lectores de prensa, que en buena parte eran a la vez editores o publicistas³ que publicaban sus textos en uno y otro periódico, se encontraron así frente a la construcción de un horizonte de posibles lecturas, llamémosla una red, en la que se podían seleccionar textos propuestos por la misma publicación, a la vez que se les sugerían nuevas posibilidades lectoras. Puede decirse entonces que los lectores se encontraron ante un sinnúmero de textos, de bibliotecas propuestas por cada una de las publicaciones, las cuales se encargaron de señalar el rumbo a seguir por el lector.

² *El Recopilador*, núm. 1, Santafé de Bogotá, 1 de noviembre de 1842, p. 4.

³ En el siglo XIX no se utilizó el término periodista, fue común el de publicista. MARTÍNEZ, F.: *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República-Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, p. 33.

Los lectores se encuentran entonces frente a promesas de lectura, se les convida a ingresar a un mundo, el de los textos, y a participar con esto de la función social de construir la nacionalidad⁴. La escritura se asume como una forma de participar en las prácticas de los individuos y las colectividades, de esta manera los periódicos intervienen socialmente en la expresión de intereses políticos y de ahí su carácter fuertemente educativo, desde el cual se le dio un valor de autoridad a la palabra. Esta característica era parte de la tradición de la sociedad letrada ya establecida desde la colonia, lo que permaneció como una forma de distinción social. Ahora, los distintos partidos políticos, tendencias ideológicas y religiosas se arrogaban el derecho a la autoridad que les daba la escritura.

Si bien una historia de la lectura puede ubicarse en primera instancia en diferenciar las prácticas, en comprender comunidades lectoras y las expresiones individuales de interpretación, es posible también pensar en un espacio previo a la lectura, quizá indeterminado, en el que la exposición a una serie de posibilidades de lectura se consolida previamente en el horizonte del lector, conformado por lo que «hay y se puede leer». Por eso es que aquí se propone pensar las publicaciones periódicas como bibliotecas ejemplares, lo cual permite así aproximarse a ese momento previo a la selección de un texto en donde se está expuesto a la apertura de nuevos horizontes de expectativa y, por qué no decirlo referido al siglo XIX, a una selección fuertemente restringida.

Dos imágenes permiten dar cuenta de cómo se puede pensar la biblioteca: una, en la que el lector se ubica en ella y, creyéndose selectivo, es abordado por los libros que la componen y le inducen a una práctica lectora; la otra, y que parte de la fantasía de un ávido lector, es la del susurro o murmullo permanente de diálogo entre los libros ubicados en los estantes de una biblioteca ideal. Tanto una como otra imagen permiten dar a la biblioteca un carácter vital, activo, en la que se pierde el sentido de la acumulación gratuita y, más aún, de depósito. En el caso de las publicaciones periódicas,

⁴ La construcción de la nación por la palabra ha sido una constante de los estudios sobre el siglo XIX. Basta con señalar el papel que le da a la prensa y a la novela Benedict Anderson en la elaboración de su concepto sobre las comunidades imaginadas o, referido a un caso particular, el trabajo coordinado por ACHUGAR, H. (comp.): *La fundación por la palabra. Letra y Nación en América Latina en el siglo XIX*, Uruguay, FHCE, 1998, para la literatura uruguaya.

la imagen de las bibliotecas permite construir unas redes en las cuales el periódico establece al menos dos dinámicas, la de hacerse leer y proponer nuevas lecturas, a la vez que, lo que difícilmente es ajeno a lo anterior, dialoga con las demás publicaciones.

Quizá porque todo periódico literario es una forma de biblioteca, en él se unifican de manera más visible el tiempo y el espacio en una labor de selección. En la publicación se establece el orden de los libros y las lecturas presentes, posibles en el espacio, en un espacio que se considera construido bajo unas características particulares. Se recoge en ella el conocimiento materializado, acumulado y ordenado⁵. La biblioteca es concebida como una compilación, como la permanente tensión entre lo exhaustivo y lo esencial, como una selección cultural que siempre se asimila a la noción del deber ser. Pero la biblioteca no se entiende sólo como la compilación de obras presentes o sugeridas, puede ser también la reunión de varias obras de la misma naturaleza o bien las obras de un mismo autor o sobre un mismo tema. Dado lo anterior se puede pensar que varios periódicos literarios, como la *Biblioteca de Señoritas* (1858-1859), *El Mosaico* (1858-1872), *El Hogar* (1868-1872) y *El Iris* (1866-1868), por nombrar sólo algunos, son bibliotecas ejemplares, pensadas como la presentación, concreción, delimitación e inducción a determinadas lecturas de obras y de libros; como fragmentos culturales que intentaron conformar una unidad, siempre de cara a la construcción de la nación.

También puede pensarse en la promoción de la lectura que se asignaron periódicos declaradamente políticos como *El Conservador* (1863-1899), *El Tiempo* (1855-1872) y *El Neogranadino* (1848-1857); religiosos como *El Catolicismo* (1849-1861), *La Caridad* (1864-1862) y *La Religión* (1852-1854), y comerciales como *El Comercio* (1858-1859). En ellos se propusieron lecturas que buscaban legitimar su propuesta, en la que también en algunas oportunidades la literatura ocupó un lugar importante. Todos los periódicos, literarios o no, permiten hablar de una biblioteca ejemplar, porque exigieron ser tomados como modelos, bajo la misma concepción de ser portadores de una propuesta sobre lo nacional que les asignaba el deber de

⁵ CHARTIER, R.: *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVII*, Barcelona, Gedisa, 1994. «El reparto entre los libros que hay que poseer forzosamente y aquellos que pueden (o deben) descuidarse es sólo uno de los medios de paliar la imposible universalidad de la biblioteca» (p. 72).

señalar lo que debía seguirse. Ejemplar es cada uno de los elementos de una especie o de un género, y lo ejemplar se constituyó también en una manera de ejemplificar, mostrar o ilustrar con ejemplos un aserto; ejemplos que se mostraron para imitar lo que era bueno o evitar lo que era malo.

Fue así como en la conformación de lectores se hizo presente una elaboración que partía o enfrentaba la tradición, ya que toda selección implicó una forma de autoridad en la que se decidía lo que era y lo que no era apropiado, lo que era y no era literario o el discurso que era aceptado moral o políticamente y su relación con el que ya había sido aprobado. Entonces el periódico ocupó un papel principal en la consolidación de los factores por medio de los cuales se indujo al lector a asumir determinados gustos y actitudes. El lector de la prensa pudo, tan sólo en apariencia, elegir la solución de sus expectativas. Estuvo ante la oferta de textos que el periódico se encargó de proponer, en posibilidades que moldearon dichas expectativas y a la vez se dejaban moldear por ellas.

La biblioteca ejemplar se construyó a partir de dos grandes espacios de lectura. Uno, el de los textos publicados en el periódico, la biblioteca que seduce a su lectura, y otro, el de las obras propuestas y señaladas para sus otras posibles lecturas, en aquel diálogo entre los textos, las que, por decirlo así, se desplazan fuera del marco del periódico hacia otros espacios, en los diversos estantes y anaqueles, donde se ubican un gran número de obras tanto nacionales como extranjeras. Asomarse a estos espacios es lo que se propone a continuación, evidenciar algunas características de estas bibliotecas ejemplares, publicadas en Colombia a mediados del siglo XIX⁶.

⁶ Asumimos el nombre de Colombia referido a la actual división político-administrativa. El lector debe saber que el mapa de mediados del siglo XIX era bien distinto, ya que incluía a Panamá y un mayor territorio de la Amazonia. Los nombres del territorio también cambiaron permanentemente durante el siglo: de Colombia pasó a ser la Confederación Neogranadina (1858), los Estados Unidos de Colombia (1861) y nuevamente Colombia con la regeneración (1886). COOK DE HINCAPIÉ, O.: *Historia del nombre de Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1998. Igual ocurrió con Bogotá, que en algunos períodos ha sido renombrada como Santafé de Bogotá, para nuevamente adquirir el nombre que hoy tiene.

Pasillos, anaqueles y rutas posibles

La imagen de la lectura había ingresado en la cotidianidad a mediados del siglo siguiendo la tradición colonial. Se mantuvo el carácter minoritario de la escritura, y tanto ésta como la lectura se consolidaron en formas de distinción social. A la vez, se la ubica en relación con las polémicas sobre la libertad de educación y los diversos proyectos pedagógicos que conducen a la reforma educativa proyectada por los radicales en la década de los años setenta y cuya implementación fue muy parcial. Simultáneamente, la imagen de la lectura formaba parte del mundo de lo privado y absorbía otros ámbitos distintos al de la palabra escrita, se desplazaba a otros lenguajes: tanto los personajes de novela como los individuos leían en los ojos de la amada para interpretar sus sentimientos, se leía en la naturaleza sus enseñanzas y a través de sus experiencias leían en el libro de la vida. La lectura como alimento del alma fue una constante, como lo fue el libro amigo, consejero, consuelo y tentación.

Aunque *La Reforma* fue el primer periódico voceado en Bogotá en 1851, de tiempo atrás los periódicos ya eran vendidos en las imprentas y los almacenes. No era larga la tradición de las publicaciones periódicas en la naciente república. La imprenta había tenido su desarrollo tardío hasta finales del siglo XVIII y después de la Independencia las publicaciones se habían encaminado tímida y brevemente hacia la elaboración de algunos textos que buscaban un efecto político inmediato o de interés religioso. Sólo en la década de los treinta se consolida el periodismo estatal, se producen los primeros periódicos literarios, como *La Estrella Nacional* (1836), y algunas publicaciones políticas y religiosas de corta duración, que la mayoría de las veces surgían como respuesta a circunstancias que una vez superadas ya no exigían su permanencia. En la década de los cuarenta, la prensa se consolida como una de las actividades permanentes e indispensables de los grupos letrados nacionales.

El grupo letrado era reducido. Contaba con el poder político y económico, que a la vez participaba de las diversas actividades educativas; actividades de las que estuvieron excluidos de manera casi total grupos amplios de la población, entre los que se encontraron los indios y los negros. Entre la élite letrada se encontraban fundamentalmente militares, educadores, políticos, publicistas, algunos

comerciantes y miembros de las jerarquías eclesiásticas, o que cumplieran varias de estas actividades a la vez; «es posible que algunos de los lectores, que también consultaban los periódicos, pertenecieran a la clase media: en este caso se trataba de profesionales, burócratas del ejército y miembros de las jerarquías medias del ejército y de la Iglesia»⁷. Es poca la documentación sobre censos de educación durante este periodo. Pueden señalarse algunas cifras, correspondientes a la *Geografía general física y política de los Estados Unidos de Colombia y geografía particular de la ciudad*, elaborada por Felipe Pérez, para afirmar que el censo de 1871 arrojó un total de 6.181 letrados, dentro de una población de casi tres millones de habitantes, distribuidos como sigue: 1.728 educadores, 1.573 sacerdotes, 1.037 abogados, 767 religiosas, 727 médicos, 275 ingenieros y 82 intelectuales⁸. A la vez, hay que señalar que buena parte de la prensa periódica estuvo escrita por hombres y dirigida a las mujeres, y sólo en casos muy especiales, como el de Soledad Acosta, editado por una de ellas. Este grupo lector exigiría al igual que otros grupos aparentemente distanciados de producción y recepción de la prensa investigaciones particulares.

Los títulos de algunas publicaciones como *El Museo* (1849), *El Álbum* (1856), *La Biblioteca de Señoritas* (1858) y *El Mosaico* (1858) se aproximan mucho a los usos de una biblioteca y al carácter que se imprimía a las publicaciones de exponer unos textos con carácter tan especial que debería ser conservado. Algunos de sus propósitos permiten iniciar la reflexión sobre cómo se presentaba esta selección de obras que debían ser expuestas a los lectores y propiciar el carácter multiplicador de la lectura; pero también interesa acá mostrar cómo,

⁷ BERMÚDEZ, S.: *El bello sexo. La mujer y la familia durante el olimpo radical*, Santafé de Bogotá, Uniandes-Ecoe Editores, 1993, p. XXI.

⁸ Esta referencia es citada por ROJAS, C.: *Civilización y violencia*, Bogotá, Norma, 2001; PÉREZ, F.: *Geografía general física y política de los Estados Unidos de Colombia y geografía particular de la ciudad de Bogotá*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1883; KONING, H.-J.: *El camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y la Nación en la Nueva Granada, 1750-1856*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1988, p. 432. «En el año 1835 había 690 escuelas primarias públicas y 20.123 alumnos (inclusive alumnos de escuelas privadas), que constituían el 4 por 100 de los niños de edad escolar; en 1843 había 25.144 alumnos (inclusive alumnos de escuelas privadas) que recibieron clases en 427 escuelas públicas: esto representaba una tasa de 4,5 por 100 de los niños en edad escolar, un aumento apenas perceptible».

dado el carácter multiplicador de la escritura, se proponían cadenas de lectura.

Los límites en las expectativas, la conciencia de la ubicación frente a una tradición y una serie de textos contemporáneos hacen que *El Museo* se legitime como periódico literario, enunciando los periódicos publicados no sólo en la capital, *La Gaceta*, *El Constitucional*, *El Día*, *El Aviso*, *El Neogranadino*, *La América*, *La Voz del Pueblo*, *El Republicano*, *La Prensa*, *El Progreso*, *La Crónica del Espíritu Santo*, sino en toda la República, como *El Fanal*, *El Samario*, *La Estrella de occidente* y *El Riobachero*; y los que llegan del extranjero, entre otros, *El Correo de Ultramar*, *La Crónica*, *El Correo de los Estados Unidos*, *El Correo de Europa*. Se enumeran veinte publicaciones ante las cuales el lector debe ubicarse desplazándose a su posible lectura, en función de reconocer las diferencias. De igual manera ocurre cuando los editores José Caicedo Rojas y Santiago Pérez legitiman el carácter de su trabajo frente a la prensa política, de la que exponen su importancia como parte de la educación de los pueblos, pero frente a ella se elige la literatura como una forma de lograr el camino hacia la civilización. Un tercer horizonte de lecturas ante las cuales el lector ubicará las que encuentra en el texto es el de la literatura nacional, que se considera bastante pobre, y que debe ser ampliado, superando los obstáculos de sus antecesores. Se refiere seguramente a *La Estrella Nacional*, *El Albor Literario* y *El Duende*, periódicos de carácter literario que ya habían sido publicados con muy corta duración. Igual suerte correrá *El Museo*, del que sólo se publicarán cinco números.

Si bien las lecturas pueden marcarse desde la presentación de los límites de los textos frente a los cuales se encuentra el lector, también los periódicos literarios se encargan de señalar ampliamente las posibilidades lectoras en su campo. *La Biblioteca de Señoritas*, al igual que *El Mosaico*, mosaico de producciones literarias⁹, participa de doble interés por diferenciarse del discurso político y de formar parte de la construcción de una literatura nacional frente a la extranjera, en la creación y conservación de una tradición: «Para esto se necesita un campo conocido y seguro donde sembrar los granos del

⁹ Ya en otro trabajo desarrollé los elementos de seducción que *El Mosaico* tuvo para con sus lectores. Por esta razón los ejemplos serán breves. ACOSTA PEÑALOZA, C. E.: *Lectores, lecturas y leídas. Historia de una seducción a mediados del siglo XIX*, Icfes, Bogotá, 1999.

talento, especie de urna de oro que guarde y recoja nuestras primeras obras como un depósito sagrado. Esa urna es la *Biblioteca de Señoritas* que nosotros no hemos vacilado en poner en manos de las jóvenes neogranadinas, como en las manos mismas de las protectoras del genio (*sic*)»¹⁰. Propone no sólo una serie de obras en su publicación directa, poemas, cuadros de costumbres, novelas por entregas, artículos sobre literatura, sino que también amplía las posibilidades lectoras con biografías de artistas y escritores como Eugène Sue, William Shakespeare, Lope de Vega y Fray Luis de León; a la vez que publica bibliografías en las que se comentan por medio de colaboraciones de los lectores obras publicadas en otros periódicos, o también se imprimen traducciones. Forman parte fundamental de la publicación algunos artículos sobre los diversos géneros literarios y su desarrollo a través de la historia, lo cual exige a los autores asumir un canon sobre dicho desarrollo e implica ubicarse frente a la tradición española. Yarilpa, seudónimo de José Caicedo Rojas, señalará que se requiere volver a leer los antiguos romances españoles en la necesidad de que los poetas suramericanos cultiven este género para bien de la historia nacional. El mismo autor realizará la referencia a las obras de Walter Scott y a *La cabaña del tío Tom* como modelos a seguir por las novelas históricas elaboradas por sus contemporáneos.

Una de las mayores preocupaciones estuvo en reconocer los modelos y las formas apropiadas para la construcción de un discurso nacional, la cual también se ubicó no sólo en la escritura de obras, sino en la consciente formación de lectores a los que se les consideraba sin una tradición que debía propiciárseles: sólo construyendo el pasado podía pensarse en una literatura para el porvenir. Dicha actitud provenía de un afán de asimilarse a la historia de la literatura universal, ser partícipe de una historia, que, aunque con orígenes difícilmente delimitados, algunos remontados al pasado colonial, otros al cercano periodo de la independencia, permitían una relación de identidad con las literaturas europeas. Así, José María Vergara y Vergara, en esta preocupación acumulativa, además de elaborar la primera *Historia de la literatura en Nueva Granada*, publica «Bibliografías de la literatura nacional», divididas por géneros; y Soledad Acosta de Samper publica cuadros sinópticos de las literaturas nacionales, francesa, inglesa, española y neogranadina, listados que permiten al lector ubicarse frente

¹⁰ *La Biblioteca de Señoritas*, 1, Bogotá, 3 de enero de 1858, p. 1.

a un sinnúmero de oportunidades de lectura en las que puede no sólo reconocer una tradición, sino sentirse partícipe de ella.

Aunque fue frecuente la publicación de poemas, artículos y cuadros de costumbres, en la prensa no sólo literaria sino política y religiosa, también fue notoria la motivación de los procesos lectores por parte de las novelas por entregas. Estaban ubicadas a veces en una sección señalada como literaria en el cuerpo del texto o como una franja en la parte inferior de la página, ocupando el espacio asignado al folletín, que por lo demás no siempre era una novela; podían estar también publicadas como suplemento o como cuadernillo que, como en el caso anterior, daba la posibilidad de ser coleccionado de manera independiente. Las «Semanas Literarias» de algunos periódicos asumieron esta última modalidad, utilizada usualmente para novelas extranjeras. Quizá la que adquiere mayor unidad es la publicada por el *Neogranadino*, donde el lector se encuentra ante *El Conde de Braguelone*, *Las dos dianas*, *Rienzi o el último tribuno* y *La cabaña del tío Tom*. A nivel nacional serán publicadas bajo esta modalidad *El Mudo*, *secretos de Bogotá*, por El Mudo, seudónimo de Eladio Vergara y Vergara, y *El Doctor Temis*, de José María Ángel Gaitán, entre otros. Pero lo que es quizá más importante para los propósitos de este texto es que la publicación de las novelas por entregas, como ocurre quizá con la de cualquier texto, remite a la obra más amplia del escritor. Esta función exige el reconocimiento permanente de un autor, por ejemplo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Eugenio Díaz o de José María Samper. Algunas veces la presencia del autor se ve señalada por la referencia directa a sus obras. Esto ocurre frecuentemente con las advertencias o notas iniciales de los editores, donde se presenta al autor o su importancia frente a una literatura nacional, sea ésta la propia o la extranjera. Se dan casos especiales, como el de la publicación de *Carlota de Nébrant*, firmada por la señora Craven, y en la que a continuación se especifica que la autora lo es a su vez de *La relación de una hermana*, lo cual hace suponer que dicha obra era o debía ser leída por los suscriptores del periódico y, a la vez, legitimaba la lectura presente.

Es cierto que cada texto remite a múltiples textos del pasado y del futuro, y que podría pensarse que se está hablando aquí de diversas formas de intertextualidad. Los discursos políticos, en la distinción que quería marcarse entre las propuestas liberales y conservadoras, hicieron diferentes referencias sobre Voltaire y Rousseau,

el padre Vigil, Jeremías Bentham o los discursos del papa Pío IX, quizá cada uno ubicado en tradiciones distintas, estos últimos refiriéndose, como es de esperar, al canon religioso. También es así como, en los textos narrativos, narradores y personajes remiten a un sinnúmero de lecturas posibles. Se publicaron novelas por entregas con personajes que son infatigables lectores y que como partícipes de la tensión más fuerte del costumbrismo se les critica su actividad lectora. Por ejemplo, *Manuela*, de Eugenio Díaz, en la que, señalando algunas de las lecturas de don Demóstenes, se realiza una crítica a la sociedad letrada liberal, y en *Cuentos color de rosa*, de José Antonio de Trueba, donde Pedro reconoce el engaño al que lo han conducido las múltiples lecturas sobre su concepción de la realidad. Pero también se dieron personajes que encontraron en la lectura la guía para el desarrollo de su interioridad, como en las novelas *Dolores y Teresa la limeña*, de Soledad Acosta.

Igual podría pensarse en las influencias, en aquellos textos a los que el lector se remite durante el proceso. Cómo no pensar en Eugène Sue cuando se lee *El Mudo. Secretos de Bogotá* (1848), de Eladio Vergara y Vergara, y se encuentra un modelo de escritura basado en la actitud antijesuita de *El Judío Errante* o la referencia inevitable a *Los siete pecados capitales* o en títulos provocadores como el de *El cristiano errante*, de Antonio José de Irisarri. También están dentro de estas posibilidades, sugeridas por las convenciones románticas, la profusión de epígrafes de Chateaubriand, Victor Hugo, Larra y Espronceda. A su vez, tanto en las novelas como en los discursos políticos nacionales fueron frecuentes Victor Hugo y Lamartine.

Pero frente a todo este abanico de lecturas puesto a disposición del lector siempre existe una referencia fundamental. *El Conservador*, de 1848, contiene una sección destinada a publicar un compendio de *La Biblia*. Éste va a ser el libro ideal, el que subyace a todas las lecturas. Pero lo que aparece contradictorio, y va a determinar las prácticas lectoras, es que si bien se trata del libro que debe seguirse, sobre él se propone una lectura mediada. La Iglesia es clara en varias oportunidades al señalar la diferencia de la lectura entre los católicos y los protestantes. Para los primeros, *La Biblia* requiere de la mediación lectora de los sacerdotes, los profesores o los padres de familia; para los segundos, se trata de una lectura directa, que permite la interpretación individual. Esta diferenciación quizá puede ser desplazada a la manera como se va desarrollando una tradición lectora

en comunidades que asumen una u otra perspectiva. En varios momentos, periódicos como *El Catolicismo* van a señalar la forma adecuada de aproximación al libro modelo, que es «un libro que contiene todo lo que el pensamiento ha podido concebir de bello y magnífico, sobre un libro que abraza nuestro origen y destinos, el objeto de nuestras esperanzas, el término de nuestras aspiraciones y los títulos de nuestra grandeza», propone *El Atalaya*¹¹. La función de *La Biblia* es la de exponer la verdad pura, establecer la paz en los corazones, la esperanza, la prudencia, la senda de la rectitud y la justicia que ilustra, enriquece y consuela. Por eso es eterna su lectura, y debe ser permanente.

En oposición al libro modelo están los textos publicados por las Sociedades Bíblicas Protestantes, que para los católicos pueden conducir al lector a aceptar anatemas, contrariando así los principios de la Iglesia, expresadas por el Concilio de Trento y las encíclicas del papa Pío XVI, publicadas y referidas en varias oportunidades¹². Por otra parte, no son pocas las luchas emprendidas por periódicos como *El Catolicismo* y *La Caridad* en oposición a las ediciones que del Nuevo Testamento comenzaron a circular por entonces. El texto, publicado por la imprenta de los Echavarría, además de otros escritos prohibidos, fue señalado como el origen de la ruina de los Estados y se impusieron penas a quienes los imprimieran, vendieran, retuvieran o hicieran circular.

El control sobre las lecturas fue definitivo entonces en la presentación por parte de los periódicos católicos sobre lo que era y no era permitido. División que, como era de esperar, se desplazaba fuertemente hacia los textos que debían seleccionarse para una lectura. En los periódicos van a estar presentes cantidad de artículos donde se registran las indicaciones por medio de las cuales se debe controlar o favorecer una lectura. Referido a la novela se afirma, por ejemplo: «Los libros más peligrosos no son siempre aquellos en que el vicio se muestra triunfante y la virtud oprimida, y el fin de la intriga de un drama o novela puede ser moral, sin que el conjunto lo sea. ¿Cuál es el padre que quisiera que asistiese su hija a una repre-

¹¹ AMH, «Los libros “santos”», en *El Atalaya*, 1, Bogotá, 21 de octubre de 1849, p. 3.

¹² «La Biblia y su sublimidad», en *El Porvenir*, 263, Bogotá, 3 de septiembre de 1859, p. 115; «Prohibición de las biblias protestantes», en *El Centinela*, 20, Bogotá, 12 de abril de 1857, p. 1.

sentación amorosa y a una intriga criminal, por más seguro que estuviese que será premiada la inocencia y castigado el vicio?»¹³.

El carácter mediador de la autoridad sobre la lectura va estar entonces identificando los posibles procesos lectores que deben desarrollarse hacia el futuro, restringiendo las posibilidades del texto. De esta actitud no está exenta ni siquiera *La Biblia*, cuya lectura no escapa del control: «Como el padre de familia o el cura deben haber leído ya la sagrada Biblia, sabrán dónde están algunas expresiones que no se pueden leer ni a los niños ni a las mujeres. El libro no debe andar rodando por la casa, ni debe ser leído indistintamente...»¹⁴. Esta actitud se desplazará también a otro tipo de lecturas que exigirán su fragmentación interior en la aceptación de lo que podríamos llamar lecturas incompletas. Si bien reconociendo la importancia que Madame du Stäel da a la valoración de una obra sólo posible en su totalidad, un publicista, refiriéndose a *Los Misterios de París*, recomienda su lectura «únicamente con la restricción de que a las señoritas muy jóvenes se les prohíba leer la historia de Luisa, y las escenas entre Santiago Ferrán y Cecilia, no porque juzguemos estos retazos inmorales, sino por que encontramos demasiado apasionados y ardientes»¹⁵. A esto se agregan casos como el de la lectura no propuesta en la que periódicos como *El Catolicismo* prefieren silenciar el nombre de las obras heterodoxas para evitar la curiosidad por parte de los lectores.

En esta perspectiva el concepto sobre obras específicas y sus peligros va a ser objeto de los artículos de prensa. Quisiera señalar el caso de dos obras, de carácter bien distinto, que despiertan conflictos sobre su interpretación. Se trata del debate literario sobre la novela *Viene por mí y carga con U.*, de Raimundo Bernal Orjuela, publicada en *El Núcleo* en 1858, y *La Vida de Jesús*, de Renan. Sobre la primera, escrita para los artesanos, el conflicto se ubica en la manera como se acusa al autor de desvirtuar las costumbres de la ciudad y de las mujeres, y la errada imagen que pueden hacerse de ellas los lectores no sólo de los otros Estados, sino, lo que para

¹³ «Del teatro y las novelas», en *El Loco*, 37, Bogotá, 12 de abril de 1857, p. 4.

¹⁴ AREIZIPA (seudónimo de José María Vergara y Vergara): «Lectura de la Biblia», en *El Catolicismo*, 305, Bogotá, 16 de febrero de 1858, p. 51.

¹⁵ «Los misterios de París», en *El Amigo del País*, 3, Medellín, 15 de enero de 1846, p. 3.

el momento reviste mucha gravedad, los extranjeros. La relación entre la literatura de costumbres, la exposición de los valores, la función social del escritor y la construcción de una representación de la nacionalidad está en este caso en juego.

Por su parte, la obra de Renan va a generar un alto número de artículos en su contra. En *El Católico* de 1853, como ocurre en otros periódicos contemporáneos, es anunciada la publicación de la obra *La refutación analítica del libro de Renan*, escrita por José Manuel Groot, que al ser promocionada por dicho periódico avisa que además de incitar a su lectura la ubicará, entre otras características, frente a un horizonte de lecturas ideales: «La obra del ciudadano granadino será puesta por los verdaderos filósofos y por los literatos al lado de las de Augusto Nicolás, Balmes, Gaume y Doupanloup. No es esto poco para el orgullo nacional...»¹⁶.

Con las distinciones entre los libros permitidos y los que no lo eran, las recomendaciones sobre las lecturas que debían seguirse se presentan de manera ejemplar en casos también de oposición, como es el que se da entre escritores. Frente al peligro que representa la lectura de las novelas de George Sand, no sólo por su contenido, sino por los efectos que pueden generar en los lectores el conocimiento de su vida, se señala el valor de la lectura de Fernán Caballero, quien presenta adecuadas enseñanzas morales que pueden servir de ejemplo de vida. Periódicos como *La Caridad* publicarán permanentemente no sólo sus obras, sino artículos en los que se recomienda su lectura. Pero estas oposiciones hacen patente otra gran diferenciación señalada sobre las lecturas. Se trata del enfrentamiento entre la literatura francesa y la española. Estos mundos enfrentados de lecturas ideales daban cuenta de las tensiones que los neogranadinos vivían frente a la delimitación de los criterios con que creían debían consolidar la nación y la manera como intervenían en su desarrollo moral. Aunque letrados, y con una tendencia fuerte por mantener su *status* social y político frente a los demás grupos sociales, siguieron más las lecturas francesas los liberales, y los conservadores buscaron sus respuestas preferiblemente en las lecturas españolas. Se enfrentaron en su visión de aceptación o rechazo frente al pasado colonial y los cambios hacia el progreso, el federalismo y el centralismo, el libre comercio y el proteccionismo económico. Las referencias europeas

¹⁶ «Un libro muy importante», en *El Católico*, 3, Bogotá, 1853, p. 2.

hacían que el señalamiento de una tradición nacional llevara a ubicar de antemano un discurso como católico o como protestante.

Pasadizos a otras bibliotecas

Mantener un lector potencial, éste es el interés de la prensa. Ir formando a un lector al que se ponen a su disposición promesas de lectura y que siempre estará frente a la necesidad de leer más textos, pero en contraposición de textos dirigidos por la autoridad de dicha prensa. Para crear y seducir a lectores distintos a los existentes Juan Nepomuceno Vargas funda *La Noche*, que quiere contraponerse al carácter político de *El Día*. La polémica entre *El Tiempo* y *El Porvenir* por la libertad de imprenta dará cuenta del carácter periodístico y la concepción sobre la función de la palabra escrita que manejan sus adversarios. A la vez en las secciones de «Canastilla» o de «Revista de la semana» es común la presencia de la revista de periódicos, espacio dedicado a presentar algunos de los artículos de interés publicados contemporáneamente en otros periódicos, o de relacionar los contenidos de éstos, bien sean nacionales o extranjeros. Los suscriptores fueron entonces partícipes y directamente responsables no sólo de la construcción, sino de la supervivencia de la biblioteca, de la continuidad que podían tener las publicaciones y del apoyo de unas a otras.

Además de señalar la adhesión a la prensa nacional, también está presente en las diversas publicaciones la necesidad de anunciar la existencia y las posibilidades de suscripción a la prensa extranjera, por lo que la publicación de avisos sobre su promoción fue permanente. En las diversas imprentas o agencias se promueven las suscripciones a *El Correo de Ultramar* (parte ilustrada, parte política y novelas ilustradas, se venden por separado), *Eco Hispanoamericano* (parte ilustrada, teniendo derecho al periódico de modas), *La Caprichosa*, *Museo de las Familias*, *La Razón Católica*, *El Eco del Mundo Católico*, *El Eco Científico de Venezuela*, *La Biblioteca*, *El Universo Pintoresco*, *La Aurora*, *La Risa*, y varios más que al ampliar los listados presentados en las publicaciones permitiría establecer nuevas relaciones entre lo nacional y lo extranjero. En varias oportunidades se señala el periódico del que proviene una obra extranjera o del cual ha sido traducido o transcrito un artículo, ampliando a nuevas

publicaciones periódicas y al interés por su consecución, bien sea latinoamericano como *El Comercio* de Lima, o de periódicos europeos como *El Correo de Ultramar* o *L'Illustration*, lo cual permitía el acceso a una amplia cadena de lecturas con una tradición diferente a la española¹⁷. Desde luego, este énfasis en las publicaciones extranjeras tuvo que ver con la participación del imaginario cosmopolita en la conformación de las naciones¹⁸.

En las bibliotecas, el horizonte de experiencias lectoras ideales, mediadas por los diversos elementos de difusión y distribución de los textos, hay una voz que en apariencia es completamente distinta a la de editores y lectores y que promueve el diálogo aún más amplio con otras obras. Se trata de los avisos publicitarios promovidos por avisos individuales, librerías, almacenes y tiendas. Fueron constantes, por ejemplo, los listados de venta por parte de las librerías, donde la exposición de textos es quizá menos selectiva que la propiciada por los escritores. Se encuentran listados de librerías especializadas, de carácter religioso o literario, a la vez que de amplios temas en los que se exponen algunos comentarios sobre las obras, que compitieron con listados de otras locales donde se combina la venta de libros con objetos de uso cotidiano o de papelería. En todos los casos se trata de libros de literatura, ciencias, matemáticas, música y educación, entre otros. Se promocionaron libros de venta en la tienda de Daniel María Velazco en Cali, de los Hermanos Martínez en Medellín, en la tienda de José María Vergara, la librería del doctor Lombana, el almacén del señor Mariano Tanco y la tienda de Fernando Conde en Bogotá. También es común la presencia de un aviso ofreciendo la venta de una obra en particular, en el que se hacen explícitas sus características. En la década de los cuarenta se ofrece en varias oportunidades, por ejemplo, *La historia de los Girondinos*, de Lamartine; en los periódicos literarios, durante los cincuenta, se vende *El Doctor Temis*, de José María Ángel Gaitán,

¹⁷ «Los intelectuales liberales españoles exiliados en París y Londres sobrevivieron sirviendo como traductores, periodistas y redactores de las nuevas empresas editoriales que por entonces se montaron en esos países para proveer de libros, periódicos, almanaques, catecismos, etc., a los lectores de Hispanoamérica, cuya industria editorial no estaba en condiciones de atender sus propias necesidades. Entre ellos llegó a ser expresión corriente la de *traductor para América*», RAMA, C.: *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina (siglo XIX)*, México, Fondo Cultura Económica, 1982, p. 78.

¹⁸ MARTÍNEZ, F.: *op. cit.*, p. 60.

y se exaltan sus cualidades sobre la exposición de las costumbres y su carácter moral. Hay algunos casos que no dejan de despertar curiosidad, como es el del aviso publicado en un periódico donde se enumeran veintisiete títulos y varios volúmenes de algunos de ellos, que han sido robados en una librería de la que no se da el nombre y sobre los cuales se ofrece recompensa. Para nombrar sólo algunos autores están Cervantes, Garcilaso, Martínez de la Rosa, Jovellanos, Chateaubriand, Rabelais, Voltaire, Reynaud y Platón.

Asimilado a este tipo de avisos está el de la promoción de otras publicaciones periódicas. Aquí se da la posibilidad de acceso a lo nacional y en buena medida a la producción extranjera. Ganchos como las primas navideñas, el regalo de una novela o la presencia accesoria de una revista de modas serán los elementos por medio de los cuales se invita al lector a la suscripción. La Biblioteca Popular Americana es promovida por parte de la agencia general de periódicos de Nicolás Pereira Gamba, que ofrece acciones para un proyecto editorial fundado en Madrid por Francisco de P. Mellado, con el que, además de las ganancias, se recibirá semanalmente el *Album pintoresco*, que contiene «El civilizador», de Lamartine. A continuación se refieren las diversas series de obras ya publicadas en la biblioteca religiosa, legislativa, médica, instructiva, histórica, recreativa, dramática y también publica la empresa el *Diario de Ambos Mundos* y el *Universo Pintoresco*¹⁹. A la vez, como suscripción a obras publicadas en el extranjero, se da el caso de la invitación realizada por *El Día* a adquirir el *Diccionario de pensamientos sublimes, filosóficos, políticos, morales y literarios*, empresa que sólo será posible al lograr el número suficiente de suscriptores que permitan realizar los gastos correspondientes. Están también algunas subastas de librerías, unas anunciadas como de más de mil volúmenes, con obras antiguas y modernas, de legislación, diplomacia, medicina, matemáticas, en idiomas castellano, inglés, francés, italiano y latín²⁰. En varios anuncios se promocionaron también las librerías o bibliotecas como objeto de rifas y premios del juego de la lotería.

Roger Chartier afirma que los libros instauran un orden²¹. Desplazando su afirmación podría decirse que las publicaciones periódicas instauran un orden a través de sus textos y, al igual que los libros,

¹⁹ *El Neograndino*, Bogotá, 1 de abril de 1853, p. 116.

²⁰ «Importante», en *El Día*, 817, Bogotá, 13 de mayo de 1851, p. 4.

²¹ CHARTIER, R.: *op. cit.*, p. 20.

en el carácter multiplicador de otras obras. En un interesante trabajo, Cristina Rojas señala la manera como la civilización fue el ideal a través del cual los dos partidos políticos colombianos a mediados de siglo vislumbraron el camino a seguir por la nación. En las expresiones de dicho ideal se dieron prácticas discursivas en las que se establecieron las diferencias, se enfrentaron las contradicciones y se buscó un efecto tanto en lo que se decía como en lo que se silenciaba²². El deseo civilizador se ve expresado en la prensa como la forma privilegiada de enfrentar el ideal del opositor. En estas formas de vehicular lo escrito se buscó dirigir las lecturas, configurar un futuro nacional a partir de la construcción de un lector a través de un ámbito de lecturas posibles.

El paseo por los anaqueles y caminos de una biblioteca siempre será parcial, las rutas que amplían sus estanterías y los pasajes hacia otras bibliotecas se multiplican infinitamente, lo que hace este texto permanentemente abierto. Es así como la experiencia de seguir algunas de las rutas hasta aquí señaladas permite generar a la vez vías de aproximación al orden de los libros, instaurado en interior de la sociedad letrada.

²² ROJAS, C.: *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Norma, 2001. p. 37.